



En la muerte de Castedo

Lo recuerdo, meditabundo, entornados los párpados. Hablaba sin prisa, como lo hace el que maneja ideas interesantes. Lenguaje sencillo, castizo, cuyo artificio era su gran exactitud. Hacía frío. Tenía en los hombros un fino poncho de lana de vicuña, "regalo de don Pancho Encina, uno de los hombres admirables en mi vida. Su capacidad de investigador, unida a una imaginación vivisima, creativa -cualidades indispensables en un apasionado de la historia-, hacían de él un hombre siempre renovado, cuya preocupación máxima era escudriñar la verdad. Su pluma hizo de cada episodio una pieza de arte esculpida con amor y fuego".

Al sólo opinar sobre don Francisco Encina tengo la impresión de escuchar su propio autorretrato, dije espontáneamente. Puso en mí la mirada firme del único ojo útil que le dejó la guerra española. -Agradezco, pero en lo único que nos parecemos es en la vocación para escudriñar la verdad exacta y difundirla-. Se habían conocido en los años 40 con el Premio Nacional de 1955, fallecido diez años después, autor de los veinte tomos de la Historia de Chile. Había sido llamado a la Biblioteca Nacional, lugar harto simbólico, "para hacer un trabajo a poco de llegar a Chile. El escuchaba mi diálogo con el director y vino hacia mí. 'Usted es la persona que necesito'".

Evoco esta vieja entrevista a Castedo, porque revela su afán antiprotagónico. Mi amigo Raúl Eberhard Escobar, primer médico que asistió a su hija, a su llegada a Chile, en el Winnipeg, hace 60 años, contacto que ninguno de ellos olvidó, quedó impresionado por la perso-

nalidad de ese joven que había trabajado junto a Ortega y Gasset, que tuvo el privilegio de colaborar en teatro con Federico García Lorca y evitaba ir protagonizando esas relaciones que cualquier otro habría puesto hasta en sus tarjetas de visita. Ya licenciado en filosofía y letras, traía un bagaje intelectual notable que sólo traslucía en sus palabras por la transparencia del que sabe y no trata de hacerlo notar y que acrecentó hasta la máxima erudición.

Autor de obra amplia y seruda, moderno Cristóbal Colón, que para escribir América y su historia, la descubrió a pie, en lomo de mula y cuanto vehículo lo llevó, desde archivos a la circunstancia patética de gentes de etnias casi extinguidas para nutrir y desarrollar parte del contenido de su obra, escrita y enseñada en casas de estudios superiores de distintos países.

Amigo de Neruda, "a quien debo mi llegada a Chile", decía que el poeta universal fue una de muchas razones que movieron a su corazón tomar la nacionalidad chilena en 1948, país en el que pidió depositaran sus cenizas. Otros analizarán, en más espacio, la maravillosa tarea intelectual de Castedo. Esta evocación sólo intenta afirmar que pocas veces vi, como en el "Resumen de la Historia de Chile", de Francisco A. Encina, con redacción, iconografía y apéndices de Leopoldo Castedo, en sólo tres tomos, una consumación más exacta, mágica y docta del trabajo de otro, transformado en una creación insuperable.

R.G.G.

Brujas" hablaron de todo. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Brujas" hablaron de todo. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile